

parecerían rústicos y vulgares. Recordamos ese poderoso buceo psicológico que Azuela realiza en la codicia aparentemente zafia y aldeana de uno de los personajes de esta novela, José María, hasta iluminarla de una luz extraordinaria. Arte de gran novelista es éste de convertir en grande lo simple, y con ello Azuela desmiente a quienes explicaran el éxito de su obra anterior por la potencia del tema. El escritor hace el tema, le da relieve, lo metamorfosea. Esto en cuanto a la técnica, a la parte formal del libro; en cuanto al contenido merece más larga meditación.

Toda la labor presente de Azuela es la continuación lógica de su obra anterior en torno de la vida mexicana contemporánea. Si «Los de Abajo» fué la novela de la revolución, de las turbas en marcha, la obra de desenfadado ritmo dinámico, su obra actual velando toda doctrina, esperando que los hechos y los personajes digan por sí mismos, aspira a fijar las consecuencias de la revolución, lo que es el campesino, el personaje aldeano, el diputado agrarista, la muchacha, en los días post-revolucionarios. En esta nueva novela «La Luciérnaga» (1) hay el doble del provinciano que viene a la conquista económica de la Capital, y del que se queda en su aldea sordida. No es precisamente el clásico contraste de Campo y Ciudad, tan manido ya por la Literatura. Es un escenario más bien, para que ascienda a la superficie la vida interna; trastocada y desgarrada de los per-

sonajes. Suavemente, veladamente, se observa el pesimismo de Azuela. La Revolución no cambia las almas; su alcance y proyección ha sido más bien externo que interno. En cuanto atañe al problema religioso, Azuela parece reprochar a la Revolución haberle quitado al campesino la alegría y la fe en sus cultos, para no darles ningún sustitutivo espiritual. Sin que haga la defensa de la iglesia católica, Azuela lamenta la manera como se realizó la persecución religiosa. Y la falla de la Revolución es no haber creado todavía en las masas aldeanas y campesinas una nueva espiritualidad. Las ventajas económicas que la masa obtuviera después de su rebelión de muchos años, se ven obstaculizadas por el funcionarismo, por la burocracia nueva que sigue mistificando al pueblo. No es que la anterior realidad mexicana fuera superior; no se trata de establecer valores absolutos, pero un escritor—y un escritor con la fuerza mística de Azuela—aspira siempre a una justicia más pura.

La tesis—si hemos traducido la tesis de Azuela,—se disimula en la trama de un estilo rico, sin vanos alardes estilísticos, pero de poderoso don metafórico y recia vitalidad.

La obra, sin embargo, por la audacia de su técnica, no parece destinada sino a una escogida minoría de lectores.— *M. Picón Salas.*

EN LAS PRISIONES POLÍTICAS DE CHILE, (Cuatro evasiones novelescas), por *Carlos Vicuña.*

La tiranía militar que sufriera el país durante más de cuatro años

(1) Edit. Espasa Calpe, Madrid, 1932.

interminables mostró el recio temple de algunos hombres—muy pocos, por desgracia,—y presentó moralmente desnudos a muchos que en la vida normal de la República se tenía por personajes.

La actuación de Carlos Vicuña en ese período vergonzoso de nuestra historia no pudo sorprender a nadie. Su vida entera, dedicada con nobleza y con entusiasmo a la enseñanza y a la lucha de ideas, sin una sola claudicación, había ganado el respeto general, que tanto se escatima en estos pequeños países de América. Era, sencillamente, un hombre entre un celmín de muñecos.

Si sus rebeldes y firmes actitudes de ciudadano purísimo a nadie tomaron de sorpresa, sus cualidades de escritor, manifestadas bien claramente en «Ante la Corte Marcial» (1) y «En las prisiones políticas de Chile» (2) han sido el asombro de muchos.

La claridad, expositiva, la elegante sencillez de la narración y los ambientes y paisajes bellamente esbozados, sin un alarde de pinceladas novedosas, hacen de estas «cuatro evasiones» de Vicuña, un gran libro chileno.

No es entre nosotros el primer caso el suyo de hombre que se adentra en la literatura sin haberse dado a conocer como principiante. Ya Pérez Rosales, con sus inolvidables «Recuerdos del Pasado», fué el «Caso» de su tiempo, y sigue siendo un maestro en las letras nacionales.

El negro período de Ibáñez no ha tenido hasta hoy pluma que fije sus miserias con el talento y la verdad con que ha sabido hacerlo Carlos Vicuña. Sin posturas de literato, sin afán de trascendentalismos, ha enfocado muchas de las horas tristes que viviera el país y que él y los suyos sufrieran en carne propia, y nos ha dado páginas de historia macizas y perdurables.

Pero no son sus libros, la narración fría y documentada a que hasta hoy redujeron su labor todos nuestros historiadores. A través de su obra aparece un hombre que lucha, y que no claudica, un idealista que no da cuartel a la bazofia imperante, y que llevará sus nobles afanes hasta la muerte.

«En las prisiones políticas de Chile» muestra, indudablemente, grandes condiciones de novelista. sin que esto quiera decir que su relato sea una fantasía novelesca. Sabemos la dolorosa verdad de sus páginas, y no hacemos referencia a su contenido cuando afirmamos que Vicuña tiene grandes aptitudes para la novela. Pero hay en su libro tan cálida fluidez narrativa, aparecen en él con tan precisos contornos los personajes que lo avivan, a pesar de los trazos escuetos con que los dibuja, y coge al lector con tal simpatía el desarrollo que da a las escenas, que no trepidamos en afirmar que hay en Carlos Vicuña un gran novelista de mañana.

El conoce, como nadie, tal vez, el ambiente educacional chileno, y desde hace años es una figura en nuestro cinematógrafo político. Las noblezas y las miserias de esos

(1) Editorial Nascimento, Santiago, 1931.

(2) Editorial Nascimento, Santiago, 1932.

ambientes hallarían en él a un animador insustituible.

Carlos Vicuña está ya entre los héroes que en Chile nos dedicamos a las letras. . . Héroes bien tristes, casi dignos de compasión, que no logramos fama ni alcanzamos un mediano bienestar económico. Pero héroes, al fin de cuentas, porque estamos haciendo, entre las vergüenzas que nos agobian, lo único que habrá de salvarse en la hecatombe final.

Si Vicuña hasta hoy dió a la enseñanza y a su profesión de abogado las horas de su vida con la sinceridad con que él sabe entregarse a toda faena, la literatura aguarda también su dedicación fervorosa.—

Carlos Préndez Saldías.

FL INFIFPNO, por *Henry Barbusse* (1).

Estoy leyendo un libro maravilloso y triste. A la deslumbradora belleza del estilo, se une, como el pensamiento a un cuerpo bello, la profunda, la desgrarradora, la cruel verdad de la vida.

Esas sombras que deambulan y se aman; que se odian; que se desean; que viven sin gritar sus nombres, sin dibujar el gesto de su cara en los espejos; a quienes no se conoce y se mira, y se ama y se tiene en los brazos y se posee; que tienen carne y no son más que sombras; que son bellas y no hacen más que encubrir un esqueleto; que desean, se afanan, sufren y se ríen mientras la calavera se despereza y se descar-

na; esas sombras que son sólo sombras, somos nosotros.

Yo y tu Amada, que te recuestas sobre mi dolor y mitigas el tuyo con el mío. Soy yo que me fatigo y me afano, mientras la Muerte, me espera en un recodo de la senda. Soy yo, y tu madre, que meciste mi cuna y que no sabes si otra mujer me ha de volver a dar su carne para mi alma; si otra mujer se ha de inclinar sobre mi rostro dormido y me ha de acariciar (de nuevo)! los rizos que acaso sean rubios. Soy yo y tú, padre, que me diste mi dolor con tu placer. Soy yo, y tú, amigo, que me miras y que me necesitas; que me miras y me mides la talla. Soy yo y tú, nombre, que has venido a mi casa por ver si puedes robarme un poco de alma de la que has menester. Soy yo y tú que me has detenido en mi camino con tu escudilla y con tus lágrimas. Soy yo y tú, que mañana echarás tierra sobre mi tierra y dolor sobre dolor....

Esas sombras, que pasan por este libro, bocas sangrientas como corazones y «desnudas sobre la desnudez de la cara», esas miradas que se dan a la mirada de los otros ojos y se dan a la soledad de las otras almas y se dan a la caricia de las otras miradas. Y esas sedas violadas por el deseo de los ojos hombrunos. Y esas faldas que se estrujan y levanta el deseo. Y esas desnudeces lívidas, en que las rosas ponen sus tintas claras y su perfume y en que la muerte pone el gusano de los remodimientos. Esas mujeres y esos hombres son todas las mujeres y todos los nombres. Y ese deseo, y esa fiebre, y ese

(1) Editorial Cenit (Madrid)...